

UN AÑO DEL PRIMER POSITIVO EN EUSKADI

Las primeras en el frente vasco contra el covid P4



Arantza Pinedo, Julia Barroso y Maite Gantxegi tuvieron que lidiar con el brote del hospital de Txagorritxu. **IGOR AIZPURI**

Así se convirtió Txagorritxu en el epicentro de la pandemia vasca

Era el peor escenario: el virus estaba en el hospital. Tres internistas relatan cómo vivieron esas 48 horas que llevaron a aislar a un centenar de sanitarios y pacientes

ROSA CANCHO



VITORIA. Si el SARS CoV 2 fuese un terremoto en lugar del virus que ha provocado la mayor pandemia mundial desde hace un siglo, su epicentro en Euskadi estaría localizado en Vitoria. En concreto en Txagorritxu, la mayor de las dos sedes del Hospital Universitario Araba (HUA). Después de varias falsas alarmas, la tarde del 28 de febrero de hace un año Salud confirmó los dos primeros positivos, el de una joven guipuzcoana que había viajado a Italia y el de una especialista en medicina interna. Este segundo caso es el que convulsionó la hasta entonces apacible vida vitoriana. El virus se había colado silencioso y golpeaba a la parte más sensible del sistema: las plantas de hospitalización de los pacientes pluripato-

lógicos, muchos de ellos de edades avanzadas. Empezaban 48 horas frenéticas que acabaron con seis contagios relacionados entre sí y más de cien personas aisladas entre sanitarios, pacientes y familiares.

El equipo de medicina interna del HUA, que comparte pacientes, guardias y consultas en Txagorritxu y Santiago, la segunda sede del complejo hospitalario vitoriano, se tuvo que ir casi al completo a casa como medida preventiva ante el contagio de una compañera a la que siguieron dos más en las siguientes horas. Llegaron a estar 25 personas confinadas en sus casas, cuando ni se sabía bien qué medidas se debían adoptar. Una de ellas fue Julia Barroso, de 56 años y jefa de sección. «Todos teníamos la sensación de que en algún momento el virus iba a estar presente en el hospital, ya se habían producido falsas alarmas y nos estábamos preparando. Ese mismo viernes estuvimos viendo en el despacho un EPI y aprendiendo a colocarnos las gafas. Por la tarde saltó todo. Nos vamos a casa y 104 pacientes ingresados se quedan huérfanos de facultativos de medicina interna. Era el peor de los escenarios», recuerda.

Un año después, con 158.000 vascos que han dado positivo en un test de coronavirus, 3.800 fa-

llecidos y una tercera embestida de la epidemia, cuesta pensar que en esos mismos días la gente disfrutaba del pintxo-pote y que San Mamés estaba a rebosar.

«Sentimos la sensación de que aquello no era posible, de que era irreal. Y, al mismo tiempo, nos asaltaban muchas dudas sobre lo que iba a pasar con los pacien-

tes, con los compañeros, en nuestras casas...», prosigue Barroso, para quien llegaron días de insomnio y «mucho tensión».

«Había que reaccionar»

En las primeras horas había que «reaccionar rápido», reorganizar servicios y ponerse en contacto con pacientes a los que se había

dado el alta y que podían haber tenido contacto con los primeros contagiados. Maite Gantxegi, de 28 años y ahora residente de cuarto año, hacía la rotación en reumatología cuando le llamaron para volver urgentemente a medicina interna en Santiago. «Aquello fue un salto muy fuerte para mí; teníamos que ver a pacientes entre cinco residentes, pero nos animó el apoyo de todo el resto de compañeros. Fue un reto en lo profesional y en lo emocional», relata. De la noche a la mañana, le tocaba hacer medi-



LAS CLAVES

VACÍO ASISTENCIAL

25 profesionales de medicina interna se tuvieron que ir de golpe a casa, algo impensable

PRIMERA SEMANA

Para el siguiente sábado ya había 53 contagios y varios focos, uno de ellos el del tristemente famoso funeral

cina de guerra. El hospital Santiago, el centro de referencia para los crónicos, en aquellos días derivaba los pacientes covid a Txagorritxu. «Aparecían síntomas y teníamos que organizar los traslados, con todo lo que eso implicaba», añade

Dirigiendo a los residentes en Txagorritxu estaba Arantza Pineda, 53 años, otra internista que dejó unos días su trabajo en paliativos para echar un cable a los compañeros que estaban en casa. «Vivo en un pueblo, mi marido es de riesgo y, por si acaso, cogi

mi maletica y me instalé en Vitoria, mentalizada de que no me iban a ver en un tiempo». Empezaban a aislar a pacientes covid en la séptima planta y constituyeron junto a urgencias los primeros equipos de 'primera línea'. «Aquello parecía la NASA, veías los EPI y cómo te los tenías que poner y te preocupaba hacer las cosas mal». Pero, dice, «no hubo tiempo para el miedo».

El lunes llegaron a los dos hospitales vitorianos especialistas de Urduliz, Santa Marina, Alto Deba, Mendaro, Basurto y Cru-

48 HORAS DE TENSIÓN



Maite Gantxegi
Médico residente

«Aquello fue un salto muy fuerte para mí, teníamos que ver pacientes entre cinco residentes»



Julia Barroso
Jefa de Medicina Interna

«Nos vamos a casa y 104 pacientes se quedan huérfanos de médicos. Fue el peor escenario»



Arantza Pinedo
Paliativista

«Aquello parecía la NASA, veías los EPI y te preocupaba ponerlos mal. No hubo tiempo para el miedo»

ces. También acudían al rescate equipos de ginecología y traumatología del propio HUA. «Todo aquel compañerismo nos dio un subidón emocional», agrega Barroso. Enseguida la situación se complicó también en sus centros —el 4 de marzo moría el primer paciente con coronavirus en Galdakao— y tuvieron que volver.

Seguir la pista

Mientras tanto, en Vitoria, al primer caso se le sumaron dos más el sábado, también de médicos, y el domingo ya eran siete los positivos en Álava, uno de ellos ligado a una mujer de Navarra. En la redacción de este periódico, un compañero establecía día a día las conexiones de cada nuevo contagio en una pizarra. El crecimiento de positivos era exponencial. Aquella labor detectivesca se interrumpió a finales de la semana siguiente. El sábado 7 de marzo ya habían confirmados 53 positivos solo en Álava y había focos nuevos, entre ellos el famoso funeral que llevó al hospital a familias enteras. Era imposible seguir la pista de todos.

En aquellos primeros días no se hacían PCR a todo el mundo, solo a los sintomáticos, y se desplazaba hasta el domicilio un equipo que parecía sacado de una película «de ciencia ficción». La cuarentena era de 14 días. «Al final, algunos nos reincorporamos antes, después de que nos hicieran una prueba», retoma el hilo Julia Barroso. Los protocolos cambiaban cada día, faltaba material de protección... Se pasó jornadas enteras al teléfono con los historiales médicos de sus pacientes a mano. «Nunca he hablado tanto».

«Era mejor estar trabajando que en casa pensando», apostilla Arantza Pinedo, quien recuerda haber tenido «pesadillas apocalípticas» aquellos días. «Luego ya llegó un momento en que volvía a casa por la noche y caía fundida». Entraban pacientes en la UCI y la situación se complicaba en las residencias, a donde el virus llegó a través de mayores que se habían contagiado en el hospital. «Venían muy, muy malitos». Las tres internistas, que han visto morir a muchos pacientes estos meses —«algunos muy solos, otros se iban en horas, y no se me olvida un matrimonio que fallecieron los dos...», murmura Arantza—.

Ellas, que han tenido que dar muchas malas noticias a familiares que esperaban al otro lado del teléfono y que han enviado a cuidados intensivos a algunos de sus propios compañeros, viven el actual momento con sentimientos encontrados. Son optimistas por las vacunas, pero tienen miedo de que una nueva relajación colectiva desencadene «una cuarta ola».



Solidaridad. El virus golpeó de pleno al equipo de medicina interna de la OSI Araba. Julia, Maite y Arantza recuerdan como un «subidón emocional» la llegada de apoyos desde Bizkaia y Gipuzkoa.

FOTOS: IGOR AIZPURU